

¿QUIEN AISLA?

Claudio Katz¹

Los préstamos que recibieron Uruguay y Brasil esta semana no indican ningún cambio en la política norteamericana de asfixia de los países latinoamericanos, ni auguran ningún desahogo para la Argentina. Ambos créditos aumentan el endeudamiento externo que sofoca a la economía regional y su otorgamiento efectivo está sujeto a la profundización del ajuste. Cómo Brasil se encuentra próximo al default, el acuerdo con el FMI solo auxilia a los acreedores de ese país. Y el precio del convenio es un severo compromiso de reducción de gastos sociales hasta el año 2005, que bajo extorsión deben suscribir los candidatos a suceder a FH Cardoso.

A Uruguay le concedieron el crédito una vez consumada la vergonzosa votación de las leyes de privatización, despidos, liquidación de la banca pública y reprogramación forzada de depósitos que exigió el FMI. Todavía habrá que ver si esta repetición de la película argentina no concluye, como en la versión original, en un corralito total para los pequeños ahorristas y un quebranto aún mayor de las familias endeudadas en dólares.

¿Estas imposiciones del FMI representan “buenas noticias” para la Argentina? El ministro Lavagna se ha entusiasmado porque interpreta que se aproxima el ansiado acuerdo con el Fondo, como si este convenio augurara algún beneficio para la mayoría de la población. La condición para suscribirlo es el cumplimiento de todas las órdenes que emiten los auditores de Washington: ratificación de las leyes de impunidad a los banqueros y apropiación de empresas por parte de corporaciones extranjeras, ajuste fiscal en las provincias, políticas monetarias recesivas, aumentos de tarifas y la modalidad de confiscación de los ahorristas que dictaminen los “notables” (bono compulsivo, bono opcional desvalorizado, devolución en cuotas, anulación de los amparos). Cómo premio mayor de este acuerdo el país obtendría el derecho a negociar con los acreedores privados de la deuda, la forma en que el estado utiliza el superávit comercial para retomar el pago de un hipoteca, que luego de haberse pagado 25 veces pasó de 8000 millones de dólares (1976) a 160.000 millones (2001).

El FMI no se ablandó frente al avance del “contagio argentino”, sino que sólo tomó nota de la existencia de una larga fila de candidatos a protagonizar el próximo colapso en Latinoamérica. Puede ser Paraguay que enfrenta un grave deterioro bancario, Perú que soporta fuertes salidas de capital, Ecuador que no arranca con la dolarización o cualquiera de las naciones que últimamente han perdido su status de países privilegiados para la inversión. Lo inocultable es el carácter generalizado de la crisis latinoamericana.

Ya es evidente que los problemas no son puramente argentinos, ni derivan de la corrupción, la indisciplina fiscal o el incorregible pesimismo nacional. Cada país de la región enfrenta un descalabro peculiar derivado del impacto que generan los tres padecimientos comunes a toda la región: las políticas neoliberales, la inserción periférica y la irracionalidad capitalista.

La crisis en curso supera lo ocurrido durante la “década perdida” y los colapsos financieros de los 90 porque el nivel de empobrecimiento, desempleo y degradación social no tiene precedente desde la gran depresión del 30. El alcance de este desmoronamiento es también mayor al tifón que sacudió al Sudeste Asiático de 1997-98, porque América Latina es más vulnerable a escala industrial y comercial que esa región. Mientras que el impacto del temblor asiático quedó por otra parte limitado por el crecimiento norteamericano, la coyuntura actual está dominada por una desaceleración

¹Integrante de los Economistas de Izquierda (EDI).

global más sincronizada al freno económico estadounidense. En este contexto, los acreedores tienden a imponer políticas de sofocamiento de los deudores, como lo prueba el escarmiento padecido por la Argentina.

La extensión de la crisis al conjunto de Latinoamérica confirma la oportunidad de cesar el pago de la deuda externa y romper relaciones con el FMI. Ambas medidas son indispensables para aumentar los salarios y las jubilaciones, implementar un seguro de desempleo y frenar el masivo descenso al infierno de la pobreza, mediante la instrumentación de un plan de reindustrialización basado en el incremento del gasto social y la inversión pública.

Quiénes afirman que esta ruptura con el FMI conduciría al “aislamiento” no parecen registrar que el país soporta desde hace más de un año un corte total del crédito internacional, resultante del desangre económico provocado por el pago de la deuda. ¿Qué autoridad tienen los economistas neoliberales para presagiar mayores desventuras si cesa el pago de esa hipoteca? Ellos son los responsables directos de la catástrofe actual y conviene recordar que pronosticaban el embargo de los bienes nacionales si se desconocía la deuda, el estancamiento de la producción si no se privatizaba y la pérdida del ahorro si no se liberalizaban las finanzas. Sus previsiones, sus políticas y su terror ideológico han dejado al país sin bancos y sin industria.

El aislamiento de cada país latinoamericano frente a la crisis regional es directamente proporcional a su sometimiento al FMI, porque la pérdida de soberanía reduce las posibilidades de comerciar provechosamente con el resto del mundo. Y la competencia por “diferenciarse” de sus vecinos que han entablado los gobiernos de las clases dominantes para hacer buena letra frente a Estados Unidos tendrá consecuencias demoledoras en la próxima negociación del ALCA. Es evidente que el gobierno de Bush buscará acentuar la balcanización regional luego de haber obtenido el “fast track” del Congreso, que usará para negociar acuerdos bilaterales con cada país. El ALCA es un proyecto estratégico de dominación neocolonial, que Estados Unidos impulsa para promover sus exportaciones, desplazar a los rivales europeos y asegurarse el control de las privatizaciones y los recursos naturales de su “patio trasero”. La creencia que esta avance imperialista tendrá como contrapartida una mayor acceso de las exportaciones latinoamericanas al mercado estadounidense ya fue categóricamente desmentida por la ratificación de los subsidios al agro y las trabas para-arancelarias vigentes en Estados Unidos.

Por el camino del ALCA y el FMI, la Argentina no tiene asegurado siquiera reencontrar su pequeño lugar en el ambiente de Wall Street y sus corporaciones. Pero sin lugar a dudas este rumbo aumentará el aislamiento del país de los pueblos y naciones que pueden contribuir a la reconstrucción popular de nuestra economía. De ellos no necesitamos donaciones, sino solidaridad en la articulación de una batalla común contra el pago de la deuda y la depredación de Latinoamérica.